

Otra vuelta de tuerca a un viejo asunto literario, explosivo en su momento, un verdadero bombazo latinoamericano, esta vez abordado desde una perspectiva norteamericana.

Todavía hoy

Reflexiones en torno al boom
por Suzanne Jill Levine

(Segunda de cuatro partes)

Un lenguaje común es lo que los países hispanoamericanos –en toda su diversidad y riqueza lingüística– comparten entre ellos, según Carlos Fuentes, prolífico escritor mexicano y principal portavoz de la generación del *boom*. Fuentes observó que El (ya fallecido) crítico y biógrafo uruguayo Emir Rodríguez Monegal propuso que hay por fin un lenguaje que ha forjado un clerto grado de cohesión cultural en América Latina. Para la generación que surgió en los años cuarenta y cincuenta, el cine constituye una auténtica *lingua franca*, el verdadero *koine* de esta Babel lingüística donde vivimos". Aunque el mismo Fuentes se retrataría después para mantenerse en buenas relaciones con los ministros de cultura cubanos (notoriamente con Roberto Fernández Retamar, el mandamás de la Casa de las Américas) y criticaría al uruguayo por promocionar a ciertos nuevos escritores, por lo menos asintió convencientemente en los años sesenta que – como Emir Rodríguez Monegal estaba entre los primeros en diseminar– la poesía latinoamericana (Huidobro, Neruda, Paz, Vallejo) abrió nuevas puertas como la fuerza emergente de la vanguardia literaria latinoamericana de los años veinte en adelante. Estos poetas (entre ellos Borges) inyectaron nuevas ideas literarias del surrealismo y modernismo que se concretaría plenamente en la nueva narrativa producida por Borges en los años cuarenta y más tarde en los cincuenta y sesenta por Carpenter. Fuentes, Cortázar y otros que lograron atención internacional a principios de los sesenta. Y aunque la primera latinoamericana en ganar el Premio Nobel de Literatura fue una poeta – Gabriela Mistral en 1945, seguida por Pablo Neruda en 1971 – fue la novedad la que "lanzó la literatura latinoamericana al escenario global". El acontecimiento decisivo fue cuando editores europeos del Premio Formentor otorgaron éste por primera vez a Samuel Beckett y Jorge Luis Borges en 1961. "El gran avance", escribió Rodríguez Monegal, "tuvo lugar en los sesenta y fue marcado por la concesión del internacional Premio Formentor en 1961 a Jorge Luis Borges (junto con Samuel Beckett). El galardón reforzó y plasmó en cierta medida, un reconocimiento definitivo de la ficción latinoamericana como movimiento literario de primera clase". Siguiendo el ejemplo cultural de Francia –el premio español dio paso a ediciones inmediatas de las obras de Borges en París y un número especial de la prestigiosa revista *L'Herne* dedicado al maestro argentino– dos editoriales vanguardistas de Nueva York sacaron casi simultáneamente las primeras ediciones de Borges en inglés. Grove Press, que acababa de publicar *Selected Poems* de Pablo Neruda, traducido por Ben Belitt (cuyas versiones eran excesivamente ornamentadas), publicó *Ficciones* en 1962, traducido por un grupo de expatriados de las Islas Británicas, principalmente Alastair Reid (un escocés) y Anthony Kerrigan (un irlandés) que vivieron en un pueblecito de Mallorca, apilados en torno al maestro y vale Robert Graves. "Nos pagaron a cada uno 25 dólares", recuerda Reid, "pero para nosotros eran un honor traducir a Borges". Y James Laughlin de New Directions – otra casa editorial dedicada a la poesía y escritura de vanguardia, conocida por sus ediciones de los poetas modernistas y los *beat*, pero también destacada por ser una de las primeras en publicar a Neruda y Lorca en inglés– también decidió hacerse cargo de Borges, y publicó en 1961 una antología de cuentos elegidos de *Ficciones* y *El Aleph*, junto con ensayos claves, bajo el título *Labyrinths*. Muchas influencias alimentaron la nueva novela, no sólo el modernismo europeo y norteamericano, pero la más importante fue la influencia del sintetizador de aquellas tradiciones, Jorge Luis Borges, considerado por muchos escritores latinoamericanos, entre ellos Vargas Llosa y Cabrera Infante, como el padre de la novela latinoamericana. Borges renovó la sintaxis del castellano cuando introdujo el estilo francés del ensayista Paul Grussac y un inglés conciso e irónico derivado de su lectura de las letras norteamericanas e inglesas. Coo escritor, Borges jugó el papel de traductor creativo, explorando posibles mundos lingüísticos, y en el proceso expandió, y sintetizó a la vez el idioma de Cervantes.

2. El boom de la traducción

Aunque Knopf empeñó la ola que acabó por traer a Dutton, Harper & Row (que publicaron a García Márquez y Cabrera Infante), Farrar Straus & Giroux (Carlos Fuentes y Vargas Llosa), Pantheon y muchas editoriales grandes y pequeñas, al nuevo mundo de la literatura latinoamericana traducida al inglés, la institución que impactó por sí sola a este desarrollo de una manera singular y crucial fue el Centro de Relaciones Inter-

Americanas (The Center for Inter-American Relations), fundado por David Rockefeller, que ahora se llama La Sociedad de las Américas (The American Society). Según escribió Rostagno:

Uno de los proyectos del centro que más éxito tuvo fue la creación del programa literario que sirvió como conductor para la escritura latinoamericana de calidad en este país. Su director fue el antiguo representante de la Fundación Inter-Americana de las Artes (The Inter American Foundation for the Arts), José Guillermo Castillo. El venezolano (que también era artista minimalista y dueño de una galería en Caracas) se desenvolvía cómodamente en el entorno editorial de Nueva York y entre los círculos literarios de América Latina. Viajó al sur frecuentemente para estudiar los ámbitos literarios locales, y al contrario que el matrimonio Knopf, más cauteloso, dio a los americanos la impresión de que la región tenía la riqueza abundante de una literatura fascinante que esperaba ser reconocida.

A causa de las barreras idiomáticas y la carencia de una red estructurada de casas editoriales sudamericanas, la mayoría de los editores americanos se resistieron a explorar los mercados literarios latinos. El problema más urgente, sin embargo, fue la traducción. En 1968, Castillo montó un programa de traducción para simplificar la traducción de libros latinoamericanos al inglés.

Trabajando con comités que incluyeron a los críticos literarios latinoamericanos Rodríguez Monegal y María Luisa Bastos, el escritor-traductor neoyorquino Alastair Reid, Gregory Rabassa, un traductor ya destacado, profesores de filología española, como John Alexander Coleman, el crítico literario americano John Simon y el poeta Mark Strand, Castillo y sus asesores mandaron informes y reseñas europeas a editores para promover la publicación del máximo número posible de libros. Para ayudar en la promoción de los nuevos libros tan pronto como salían publicados, fue fundada la primera revista en inglés dedicada a la crítica y difusión de la cultura latinoamericana. *Review*, que todavía hoy publica la Sociedad de las Américas.

Gracias a "El Centro", no sólo Gregory Rabassa encontraría quién editaría sus proyectos, sino también una multitud de nuevos traductores –entre ellos yo misma, Helen R. Lane– una prolífica traductora tanto del francés y portugués como del castellano –Thomas Colchie, Margaret Sayers Peden, Alfred A. MacAdam, Edith Grossman, y Eliot Weinberger empezarían a publicar la nueva literatura en inglés. Colchie tradujo no sólo a poetas y novelistas brasileños, sino también como agente freelance, fue el único responsable de promocionar a muchos escritores brasileños, desde el gran poeta del "Norte" Joao Cabral do Melo Neto hasta los novelistas (entonces) más jóvenes, como Nélida Piñón. Helen Lane, como Rabassa, se hizo cargo de muchos megalibros como *La república de sueños* de Nélida Piñón (Knopf, 1989) y *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sábato (Godine, 1981). "Pech" Peden también abarcó un radio muy amplio, desde la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz hasta los nuevos novelistas como el argentino Abel Posse. Alfred MacAdam, como Peden, Rabassa y yo –profesora de literatura latinoamericana– también ha sido prolífico, traduciendo las novelas de Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa. Guillermo Cabrera Infante (en diálogo conmigo) expresó una gran admiración por la traducción que hizo MacAdam de la novela corta *El acoso* (FS&G, 1989) de la primera época de su compatriota cubano Alejo Carpentier. Igual que Alastair Reid, el escritor freelance Eliot Weinberger ha hecho traducciones creativas de poetas vanguardistas, especialmente de la obra de Octavio Paz, pero también de muchos otros, entre ellos la obra extremadamente experimental del año 1919, escrita por el creacionista Vicente Huidobro, *Altazor* (Graywolf Press, 1988). Graywolf, una editorial pequeña, publicó varias obras latinoamericanas de alta calidad, si bien no muy comerciales, bajo su serie *Sura* finales de los ochenta y principios de los noventa. Al final, como pasa en muchos casos, se les acabaron los fondos.

Continuará

